

**LUISA MURARO**

## **La alegoría de la lengua materna.\***

### **I. la vacación divina**

Mi discurso empieza con un repentino no saber que deja la mente asombrada. Hay muchas maneras de experimentar el no saber, pero interviene casi siempre un desplazamiento de sí desde un centro imaginario en cuyo derredor las cosas se habían colocado a la distancia adecuada formando una hermosa esfera; luego, ocurre algo -una enfermedad o un fracaso, un viaje o una revolución copernicana- y te das cuenta de que no había esfera.

En mi caso, las cosas han ido de otra manera. Estaba leyendo un texto de un filósofo sobre otro filósofo: «También el hombre es un ente que busca... El hombre está llamado a buscar razones...» etc. Y me esforzaba por cumplir esa especie de tarea mental que consiste en incluir en «hombre» también a mí, mujer: un ejercicio en el que he sido amaestrada desde que empecé a ir a la escuela y que tendría, por tanto, que resultarme automático, como comenzar con mayúscula después del punto. Pero no, tal vez porque ocasionalmente aparece un «hombre» en el que *no* me tengo que incluir, o sea un hombre de

\*. Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas. La versión original de este texto será publicada en Eva Thüne, ed., *All'inizio di tutto. Ricerche sulla lingua materna* (Turín, Rosenberg & Sellier).

sexo masculino declarado y exclusivo. Sea cual sea el motivo, incluirme en «hombre» no ha sido nunca para mí una operación obvia y esta vez lo era menos que nunca, tanto que en un determinado momento se me hacía tan molesta que dejé de entender lo que estaba leyendo. De repente, sin embargo, me di cuenta de que había sido descargada de la tarea y el texto, *ipso facto*, me resultó clarísimo. Descargada ¿por quién? ¿Cómo? Por el texto mismo cuyo significado resultaba o, mejor, se volvía, claro, y esto en el preciso momento en que se me hizo evidente a mí que los dos filósofos, fuera cual fuera su intención, en realidad pensaban solo o principalmente en sí mismos y en sus semejantes. No sabría decir qué vino primero, si la claridad o la descarga, y pienso que llegaron juntas. Sí, llegaron juntas e hicieron desaparecer la pátina empañada que había encima de mis lecturas filosóficas, como cuando limpiamos meses de *smog* de la pantalla del televisor y vemos con más nitidez los programas de siempre.

A esta primera constatación: «está claro, piensan en ellos y en sus semejantes, no hablan de mí», le siguió un estupor lleno de preguntas implícitas. ¿Y yo? quería decir el asombro ¿Dónde estaba yo en los años que he pasado leyendo a los filósofos, dónde estaban mis semejantes en los siglos de historia de la filosofía? ¿Qué ha sido de sus razones, de sus problemas, de sus indagaciones, de sus deberes? ¿Los tenían? ¿De qué orden? ¿A qué han sido llamadas las mujeres? O ¿nadie ha pensado en esto? Y ¿cómo han podido regirse? Y ¿cómo veían el mundo? ¿Plano, redondo, cóncavo? ¿Han pensado que tenía origen o más bien no? Y ¿han pensado un origen para ellas? Y ¿en la muerte? Y ¿en su muerte? Entendedme bien, estas y las otras, innumerables preguntas que salían a borbotones de la novedad de no encontrarme ya incluida en «el hombre», en un lugar otro que no conocía, carecían tanto de ansiedad como de resentimiento. Me daba cuenta, más bien, de pisar por primera vez mundos carentes de palabras, incluidas las que he usado para formular las preguntas. Pero la emoción que prevalecía era el alivio. Me lo daba, claramente, la descarga de la preocupación por estar. Ahora sé que yo no estaba en los pensamientos de Emmanuel Lévinas (de él se trataba) y menos aún en los de su comentarista. Vagamente, tal vez sí, pero en el

pensamiento, para estar, como con los pies en el calzado, hace falta mucha precisión, sobre todo si hay que andar. Lo sabía bien yo que, para estar, me había esforzado y había forzado los textos filosóficos, sin conseguirlo verdaderamente nunca.

Ahora me parecía estar de vacaciones. De vacaciones, primero, de la faena escolástica de incluirme en «el hombre» de la cultura oficial. Pero también en otro sentido, en el de encontrarme vagando por sitios inmensos y desconocidos, como el Bosque negro (Altiplano de Asiago) en el que me adentré alguna vez de niña con mis inseparables compañeros de juegos Gigi, Michela, Giuliana y Uccio. Y la imagen, que excita las emociones como solo lo pueden los recuerdos lejanos en una memoria que ha dejado de beber vino joven, precede a un nombre hallado en los textos de la mística femenina del siglo XIII: la *vacación divina*. ¿Qué es? Era, para esas mujeres, custodiar dentro de sí un vacío inaccesible a todos, parientes, confesores, pobres... Accesible, en otras palabras, las tuyas, solo a Dios. Pero ¿por qué he dicho «custodiar»? Ateniéndome a mis vivencias, una palabra como «crear» o «hacer» iría mejor porque, dejando aparte el Bosque negro, mi interior se había vuelto accesible a cualquier cosa y persona, y lo que no, eran zarzas y piedras. Pero tengo que rendirme al hecho nuevo. El final de la ocupación universalista de mi mente por «el hombre» ha dejado un vacío y este vacío, esta *vacación*, no es obra mía. Al contrario, se ha abierto por sí sola en el momento en que me he visto des-ocupada del «hombre» universal. O sea que también yo, como las mujeres de la *vacación divina*, he sido llamada a custodiar y no a hacer... ¿Lo qué, en concreto, dicho con mis palabras? El pasaje entre el inmenso silencio del que viene cada criatura cuando viene al mundo, y el mundo, que está hecho de palabras.

## II. el pasaje-hasta-el-silencio

Es de este pasaje de lo que hablan, de una manera u otra, todas las

preguntas que me brotaban del asombro de no saber en concreto nada de mí, por haber estado demasiado ocupada intentando interpretarme a través de lo que de mí no decía Emmanuel Lévinas o quien estuviera en su lugar. ¿Dónde estaba yo mientras estudiaba a Lévinas o a quien ocupara su lugar, dónde estaba mi madre, dónde estaban mis semejantas mientras él pensaba en el origen que es previo al origen o en la ética que es más que la ética? Esto me preguntaba y, luego, la pregunta más difícil: ¿dónde estoy yo ahora que he sido descargada de la tarea de incluirme en los pensamientos de Lévinas o su sucedáneo? Fuera de los pensamientos de L. y de su comentarista ¿estoy yo todavía en alguna parte? En alguna parte, en sentido estricto, no, porque el esfuerzo de pensamiento humano universal de este hombre (y de sus semejantes) es tal que, aunque imperfecto, no deja sitios vacíos fuera de sí. Entonces ¿caída, acabada, perdida en la nada? Casi.

Casi, porque, a pesar de todo, sé hablar, aunque no sé qué pensar. El lenguaje no le pertenece a la filosofía, ha escrito un filósofo.<sup>1</sup> Es bien cierto. El lenguaje no obedece a los que lo saben todo y, a menudo, les enreda y, aunque no le pertenece a nadie, les pertenece más a quienes no saben qué pensar, qué decir. ¿Conocéis el estado de quien, aun sabiendo hablar (se dice que sabe hablar quien ha hablado al menos una vez) no sabe qué decir? En la escuela ocurre con bastante frecuencia -me baso en mi experiencia de profesora- que el chico o la chica, arrancados casi por los pelos de la tierra de nadie por donde vagabundeaba su mente, en los márgenes de cualquier mundo posible, y metidos dentro del aula, dentro del edificio escolar, con la página impresa de cualquier manual delante, cuando se les pide que hablen, ocurre que ellos, incapaces tanto de obedecer como de rebelarse, levantan la mirada clavándola a una distancia imprecisa, más allá de las tapias de la escuela, pero como si fuera de esa clausura, allá donde para la maestra está el bar, la parada del autobús, tu casa o la comida que preparar, para ellos en cambio no hubiera nada. Quizá sea precisamente así. Reabsorbidos en la mudez primigenia. Y a esas alturas la valiente profesora (en inglés, *the brave teacher*) abandona y se dirige hacia el pasaje. Pasaje

hasta Tierra Santa. Pasaje hasta la India. Pasaje hasta el silencio. Con un poco de suerte y mucho temple, puede llegar a encontrarles y devolverles a la escuela.

A las buenas maestras les haría, en mi opinión, un servicio incalculable, mayor que el de tantas teorías psicopedagógicas, el familiarizarse con los textos de la mística, especialmente la femenina y popular, escrita en lengua materna y, por ello, más próxima al pasaje hasta el silencio.<sup>2</sup> Es la lengua materna, como se sabe por intuición y como intentaré demostrar, la que lo hace practicable.

El sintagma «pasaje» se completa habitualmente con las preposiciones «de» y «a», pero existe también esta combinación especial con «hasta»: un pasaje hasta Tierra Santa, se decía en la Edad Media o, en nuestros días, pasaje hasta la India, queriendo decir un ir-hacia aparentemente gradual pero que, en un momento determinado (cuál, no se puede saber de antemano), registra una discontinuidad. Como palabra, se parece a nuestro «umbral», que expresa con nitidez el aspecto de la discontinuidad pero que implica, por tratarse de una noción científica moderna, que es medible y previsible, mientras que el pasaje-hasta habla de una continuidad que se rompe en un punto que no se conoce hasta que se ha pasado y que no se puede fijar porque se mueve y está en nuestro interior. Es un salto de ser que tiene lugar en el curso de un desplazamiento físico o mental, salto o pasaje que nada indica antes pero que, cuando ha ocurrido, aleja enormemente de la situación anterior -que efectivamente vemos desaparecer simbólicamente junto con su preposición típica «de»- para adentrarnos en un desconocido al que ya pertenecemos.

Así es el silencio. Y bien, yo digo que no podríamos pertenecer al silencio, como testimonian el mutismo estupefacto de la estudiante y la mudez contemplativa de las santas y de los santos, si al silencio no hubiésemos pertenecido ya, todos. Digo más bien que nosotros quizá no, pero nuestro mundo no ha dejado nunca de pertenecerle secretamente, sin que lo supiéramos. Lo escribe Clarice Lispector

en *La pasión según G.H.*, que narra el pasaje-hasta-el-silencio de una mujer:

«Voy ahora a contarte cómo he entrado en lo inexpresivo que siempre ha sido mi búsqueda ciega y secreta. Cómo he entrado en lo que existe entre el número uno y el número dos, cómo he visto la línea de misterio y fuego, y que es una línea subrepticia. Entre dos notas musicales existe una nota, entre dos hechos existe un hecho, entre dos granos de arena, por más juntos que estén, existe un intervalo de espacio, existe un sentir que está entre el sentir; en los intersticios de materia primordial está la línea de misterio y fuego que es la respiración del mundo, y la respiración continua del mundo es lo que oímos y llamamos silencio.»<sup>3</sup>

Todos esos a quienes les faltan las palabras dan testimonio con su silencio de esta secreta pertenencia. Que es también, y esta es mi tesis principal, el recurso secreto de todos los discursos y de todas las palabras, asequible gracias a la primera lengua, la lengua en la que aprendimos a hablar.

### III. alegoría

La demostración más simple de esta tesis me está casi excluida por el hecho de que nuestra cultura y, por tanto, nuestra *forma mentis* (el *mind* del inglés) no tiene un sentido vivo de la alegoría. La alegoría, que -según el manual- sería hablar de otra cosa con otra cosa,<sup>4</sup> se apoya en la incapacidad aceptada y compartida de significar lo que cuenta. En la civilización moderna, por razones que están por esclarecer, la alegoría le ha cedido a la metáfora su potencia de significar. La metáfora opera simbólicamente transfiriendo el significado de las palabras de una parte de nuestra experiencia a otra, hasta incluir experiencias nunca hechas ni humanamente factibles, con efectos cognoscitivos, expansivos y creadores de resignificación, de anticipación y de dilatación de la realidad misma. Recuerdo la emoción que me produjo, de adolescente, la lectura de

estos versos (cito de memoria): «E andando nel sole che abbaglia / sentir con triste meraviglia / come tutta la vita e il suo travaglio / è in questo seguitare una muraglia / che in cima ha cocci aguzzi di bottiglia» [«Y yendo bajo el sol que deslumbra / sentir con triste asombro / cómo toda la vida y su pesadumbre / están en este seguir una muralla / que tiene encima trozos puntiagudos de botella»], donde el ritmo, la rima y la onomatopeya hacen verdad sensible la metáfora del vivir árido, deslumbrado e impotente, hecha para interpretar magníficamente las intuiciones incipientes de la humana fatiga de vivir.

En cambio, la alegoría no enriquece el significado de nuestra experiencia. En la alegoría, las tapias son tapias, el sol es el sol, el andar es un andar. ¿Qué hace entonces la alegoría? Esconde, como el seto del *Infinito* de Leopardi, haciendo así de lo visible el velo y la figura de lo invisible. O sea que convierte el significado literal en escondite de otra cosa. Y así hace que la captemos, un poco como el escenario del teatro antes de que se levante el telón. La operación alegórica es de una sencillez extraordinaria (o, quizá, de una increíble complejidad) que la hace casi incomprendible. Por lo demás, no pide ser comprendida. El error que hacemos los modernos es el de querer explicarlo todo, pero es nuestra civilización. Por eso, las metáforas han ganado en ella terreno. Contando la historia de Guillerma de Bohemia, escribí en un determinado momento que, después de su muerte, *se le apareció* a una vieja seguidora.<sup>5</sup> Se trataba de una alegoría que el contexto impedía traducir en metáfora. Recuerdo que, en un debate en torno al libro, una historiadora censuró esa expresión, que a ella le parecía aquejada de fundamentalismo religioso. Protesté que ella me parecía aquejada de positivismo decimonónico. El problema, del que no me di cuenta entonces, es que las alegorías, a diferencia de las metáforas, se toman literalmente. Se toman literalmente porque el otro significado, su significado completamente distinto, o sea su significado, está callado justo detrás del significado literal que tenemos delante y totalmente escondido por él. Como en estos versos de Mira Bai, poetisa mística india del siglo XVI:

«Separadas e insomnes,  
mientras el mundo duerme, Amiga,  
una en su palacio enhebra perlas,  
la otra hilvana lágrimas.  
La noche ha pasado  
contando las estrellas.»<sup>6</sup>

Tenemos delante el dibujo de un mundo silencioso y despoblado, dos únicas presencias, dos amigas, una aquí y la otra allá, una tranquilamente dedicada a una preciosa ocupación femenina, la otra llorando, ambas en el gran vacío de las lentas horas nocturnas, bajo el relucir lejano de las estrellas. Y al cabo de un rato o enseguida, la alegoría hace que nos demos cuenta de que la sutil película del dibujo retiene milagrosamente un misterio divino, con el fin de que podamos estar en su proximidad sin que nos aplaste.

¿Pero es verdad, como se suele decir, que nosotros los modernos somos torpes para el lenguaje alegórico? Hoy quizá ya no, o menos que ayer. A mí me parece que está brotando una cierta capacidad de oír y ver detrás del telón que no se levanta. ¿Qué? Nada. Pero no la nada boba del viejo positivismo, para el cual una pregunta que no tiene respuesta no es ni siquiera formulable. Es una nada que nos hace enmudecer del susto y que se parece a la de los místicos, que la conocían como la última (o penúltima) etapa de su pasaje-hasta-el silencio, mientras que para nosotros sería, lo queramos o no, la primera. ¡Pobres de nosotros, tan frágiles, tan mal preparados! Pero hay puentes: Giacomo Leopardi, por ejemplo, o Thérèse Martin, la recién hecha doctora de la Iglesia católica. Hablaré de esto en otra ocasión.

Hay que decir, además, que los niños no han perdido nunca la capacidad alegórica. Por eso se han salvado los cuentos de hadas, pues ellos siguen comprendiéndolos en el significado que se esconde detrás del literal;<sup>7</sup> y se los hacen contar una y otra vez, porque en lo que a nosotras nos parece repetición, ellos oyen el inagotable significado oculto. Oyén el silencio que está más allá de la cortina de

las palabras y lo tocan casi, con el privilegio de la infancia.

La infancia es la demostración más sencilla y directa de que hemos pertenecido al silencio y de que el silencio precede a las palabras y a los discursos. Nuestras criaturas, nosotros en su momento, vienen al mundo sin saber hablar. Mudas. No quiere decir que sean incapaces de comunicar, al contrario, porque sin palabras, como las plantas y las estrellas, comunican todas ellas con todas ellas, en un flujo sobreabundante de signos y señales, orientado solamente por la relación con el cuerpo materno. (Como hacen, del lado contrario, ciertos psicóticos que hablan pero no comunican). No aprenderán a hablar sin una contención drástica del cuerpo significativo, para limitarse a esa porción de él que se llama aparato de fonación, y no antes de haber seleccionado, de entre sus ilimitadas posibilidades, los fonemas de la lengua de la madre.<sup>8</sup> Pero cuando duermen, a estas criaturillas que la voz materna guía fuera de la selva oscura de los gestos y de las vocalizaciones hacia el sistema fonético de su lengua, o sea cuando se sustraen a este asedio irresistible, las vemos recuperadas por el silencio de procedencia, en brazos de sueños quizá ya en color pero todavía sin palabras, navegantes en los intersticios de la materia primordial de que hablaba Clarice Lispector.

El columpio entre asedio materno y retiro en el silencio proseguirá, día tras día, durante semanas y meses y a veces años, hasta que la madre y demás parientes estén seguros de que han conducido a la criatura de nuestra parte, la de las bestias que hablan.<sup>9</sup> La sordera no es un impedimento para este vaivén instructivo, con tal de que las criaturitas sin oído logren de alguna manera distinguir entre el mundo hecho de palabras y su fondo de silencio; se ha podido constatar que lo consiguen captando la invitación materna a privilegiar el aparato de fonación (u otra parte del cuerpo) y a especializarlo, de manera que puedan *hablar* con ella, después de renunciar a la comunicación panteísta. Puede, sin embargo, ocurrir, también cuando no hay obstáculos evidentes, por causas que siguen siendo oscuras, que la empresa no llegue a tener éxito. En el sentido de que el niño, la niña,

aprendan sí a hablar pero no hablen; como si, en ese ir y venir de la primera infancia, hubiesen hecho una promesa de silencio y luego no supieran o no quisieran quebrantarla.

Todas estas peripecias, incluidos los callejones sin salida, son eso que se llama aprender a hablar, y la lengua que se forma con este aprender se llama lengua materna o lengua de la nodriza.

#### **IV. cuando la lengua se vuelve bandera**

Hay, sin embargo, un problema causado por la importancia social que ha tomado históricamente la lengua materna. O, tal vez, por el tipo de importancia social que se le ha querido dar. Desde que se escolariza en vernácula y no en una lengua muerta, la lengua materna ha sido obligada a ser uniforme, regular, bella y funcional. Se le han asignado modelos literarios de reconocido valor estético, el llamado canon, le han impuesto reglas (que en la enseñanza escolar son una mezcla de reglas gramaticales y de normas educativas y sociales) y la han doblegado a ser, preferiblemente, la lengua de quienes saben qué decir y cómo decirlo. No solo esto. Cuando se constituyeron los Estados nacionales -y todo mi discurso se resiente claramente de la historia de la Europa occidental- se le pidió a la lengua materna (si todavía podía llamársele así) que fuera una (el italiano) y que así se convirtiera en la lengua nacional o estatal. En cuanto tal, fue impuesta en muchos espacios públicos a todos los llamados ciudadanos, como una bandera. ¿Y los aldeanos? ¿Los campesinos? ¿Los montañeses? me preguntó una vez un chico. Ciudadanos también ellos, les guste o no, están todos obligados a servirse en determinadas ocasiones de esa lengua, que empezó así a ser escuchada y hablada sin amor y sin gusto. Lo cual es, para una lengua, lo peor de lo peor. Por otra parte, al volverse más bien uniforme en el interior y decididamente distinta de sus vecinas, esta exlengua materna acabó poniéndose fronteras, semejantes a las del Estado, perdiendo su traducibilidad de tramo en tramo que, anteriormente, había abierto pistas lingüísticas fascinantes de un extremo al otro de la Europa

vulgar. Y, por si todo esto no bastara, ante el embrollo de problemas surgido, hay encima hoy quien querría responder a golpe de decretos, sentencias y reivindicaciones. Hemos leído hace poco en la prensa que un tribunal alemán ha declarado ilegal una reforma regional destinada a simplificar la lengua que se enseña en la escuela y se usa en la administración pública. El motivo de la sentencia: los cambios lingüísticos no pueden ser impuestos por ley. Estamos, como dirían los franceses, en el culo del saco (*cul-de-sac*): se proclama la libertad lingüística a golpe de sentencias que abolen reformas que querían, con la fuerza de la ley, reformar una lengua enyesada en regulaciones escolares y burocráticas...

Será necesario, más pronto o más tarde, narrar la historia del italiano desde el punto de vista de la lengua materna. Contar, por ejemplo, el precio pagado para dotar a la Italia unida de una lengua conforme con el desarrollo del conocimiento científico, del crecimiento económico, de la multiplicación de los intercambios, con la instrucción de base de las clases populares. Pagada, esta lengua nacional, con la pérdida de herencias seculares confiadas a la oralidad, con el desarraigo de la propia cultura y, para muchos, de toda cultura, una dispersión caótica de sonidos, de palabras e imágenes, definitivamente interrumpido un flujo de afectos y emociones que nos llegaba de una infancia milenaria, el cielo que se cierra, sonidos privados de su musicalidad, sentimientos ya no significables, el paisaje vuelto insulso y el pasado de voces que un tiempo resonaron incomprensible para la nueva sordera. ¿Era un precio necesario? ¿Valía la pena? Al menos, mirémoslo. Y luego, en nuestros días, la miseria lingüística de los menos instruidos, la jerga impuesta de quienes sufren este mal sin saberlo, la molesta elocuencia de los especialistas, sean quienes sean, el embrutecimiento de las ciencias humanas, la riqueza que se vuelve vulgar y la pobreza incluso indecente.

Muchos no han entendido que le dieran a Darío Fo el premio Nobel de literatura: cultos no tocados por el problema de la vida de la lengua ¿o creen que a ella le bastan sus ejercicios? Hay un barrio en los alrededores de Milán, y como él tantos otros en otros sitios y no

son de los peores, que fue concebido y realizado por una empresa famosa, con todo lo que hace falta para residir decorosamente y convivir civilmente. Así al menos pensaban los arquitectos urbanistas y esta intención suya se reconoce, grotescamente evidente, en las terrazas espectrales a las que no va nadie, en los múltiples pasos de peatones llenos de trastos sacados de los apartamentos, en los bancos perfectamente inútiles para una población que solo se relaja en la clausura de su pequeño apartamento con la televisión encendida. También esto es historia lingüística porque, antes de la degradación, viene la fealdad del lenguaje, que la vuelve fatal e irremediable.

Pero entendámonos bien: la lengua materna está siempre dispuesta a enraizar y a brotar de nuevo. Pues su impulso no son los centros históricos restaurados ni los paisajes intactos, sino que somos nosotros, es la relación materna, es esa parte nuestra que no se aleja nunca de lo oscuro ni del silencio. He dado clase en el barrio de los bancos inútiles a niñas y niños crecidos en familias vueltas casi afásicas por la emigración, los horarios de trabajo y la televisión. Y recuerdo la vena poética que dominó a una clase después de leer unas composiciones que no sabría cómo definir: ¿experimentales? ¿de vanguardia? A todas y todos les cautivó la idea de que se puede jugar con las palabras y, en el juego del deshacerse y rehacerse el lenguaje, les llenaba de euforia el descubrir que la lengua era una cómplice excelente de sus fantasías, desinteresada totalmente por las reglas escolares. Descubrían así la lengua materna, que está hecha para decir esto y aquello y lo de más allá o nada, y decirlo de una manera u otra, como podamos y nos guste.

## **V. el juego de las dos lenguas**

Lengua materna o lengua de la nodriza, he escrito antes. Hay quien las considera distintas. Leemos en una cautivadora antología de textos breves de Elisabetta Rasy titulada *La lingua della nutrice*: «El niño, después de un período de mutismo, pierde su idioma, la lengua plena y particular que tiene en común con su nodriza, una lengua,

según Jakobson, de carácter psicótico, y nace al orden simbólico.» Pero la mujer, según Rasy, no pierde nunca del todo el *psychotic speech* que R. Jakobson teoriza para la primera infancia: «el niño pierde su idioma y nace al lenguaje, pero la mujer, que es siempre nodriza, lo conserva.»<sup>10</sup> Y luego: «La lengua de la nodriza es una organización de síntomas y no de signos: se da de modo asistemático y sin saberlo: está totalmente organizada sobre los instrumentos y los materiales pertinentes al mundo femenino. No es fácil seguirla. Se la puede seguir a través del fragmentado itinerario de sus apariciones.»<sup>11</sup> ... Entre estas, el charlar femenino, un modo de expresarse y de comportarse -escribe Rasy- socarrón, ambiguo, traicionero, como son los comportamientos de los oprimidos, y se pregunta: «Esta fértil oscuridad ¿será trastornada por una pretensión estéril de claridad? ¿Se verá en este otro -y paralelo- *continente negro* solo el depósito de algún tesoro superfluo de *sabiduría popular* ahí donde está encerrado y representado el bien insustituible de nuestra locura?»<sup>12</sup>

En los años setenta, que es la época de estos textos breves, había un sentido agudo, exasperado a veces, de la necesidad de transgresión. Que iba unida a la idea de que el padre era el principio necesario del orden simbólico y de que, en la diferencia femenina, había un grano de locura. A través de estas ideas, hoy poco compartidas e incluso extrañas, se abre, sin embargo, camino otra, más radicalmente transgresora en mi opinión, la de una sustancia corpórea de la lengua materna, inseparable de la lengua mientras se pueda decir de ella que está viva. Dicho de otra manera, no es verdad que el *psychotic speech* venga antes que la lengua estructurada y desaparezca al establecerse esta. Se le queda, en cambio, dentro mientras se pueda decir de ella que esá viva, igual que se le quedan dentro y necesita los gestos del cuerpo y los quiebro de la voz y todo lo que la ciencia llama lo prelingüístico. Fo *docet*. Igual que le queda dentro, más adentro todavía y más necesario, el silencio.

Al lado de esta idea, en una única constelación, hay que poner otra,

muy presente para la autora de *La lingua della nutrice*: la de una proximidad casi natural de las criaturas y de las mujeres con la sustancia corpórea de la lengua materna, a la que el hombre puede, por su parte, acercarse por la vía artística.

Esta constelación de pensamientos la adelanta toda el *De vulgari eloquentia*. Dante no separa la lengua de la nodriza de la vulgar y a esta le atribuye una característica que no le reconocería la lingüística: la de no estar regulada. Según la lingüística, la irregularidad se encuentra solo en la fase prelingüística.<sup>13</sup> Lo que es interesante observar es que, en Dante, esta característica, sin que importe su precisión científica, sirve sustancialmente para significar que una lengua verdaderamente común, una lengua viva diríamos ahora, no puede ser normalizada.<sup>14</sup>

Intentaré hacer una doctrina del hablar común y de su lengua, escribe Dante al abrir el *De vulgari eloquentia*.<sup>15</sup> Se trata, añade, de un hablar y de una lengua necesarios para todos, también para las mujeres y los pequeños (*parvuli*). Llamo vulgar, prosigue, a la lengua a la que las niñas y los niños (*infantes*) son habituados por las personas de su ambiente, según van distinguiendo los fonemas (*cum primitus distinguere voces incipiunt*). Dicho más brevemente, es la lengua que aprendemos imitando a la nodriza, sin regla alguna (*quam sine omni regula nutricem imitantes accipimus*).

La aprendemos sin haber aprendido sus reglas, de acuerdo. ¿Quiere decir Dante que no las tiene? Sí, parece que lo piense, pues más adelante contrapone el «vulgar» con el «regular», donde habla de poesías escritas *vulgariter et regulariter*, precisando que a él le interesan solo las primeras, descuidando las segundas (*sola vulgaria ventilamus, regulata linquentes*).<sup>16</sup> Va en el mismo sentido la otra oposición que establece entre el vulgar y la lengua «gramatical» que poseen algunos pueblos, como los griegos y los latinos, pero no todos. Es esta última, precisa él, una lengua secundaria que se aprende con tiempo y estudio, y que pocos llegan a hablar corrientemente. Y de aquí llega rápidamente a la conocida conclusión

de la nobleza superior del vulgar: más noble porque es la primera lengua que hablamos, porque todos la hablan y porque viene de la naturaleza, mientras que la otra es un tanto artificial.<sup>17</sup>

De aquí en adelante, el tratado se ocupa únicamente de la teoría de la «elocuencia vulgar», o sea del hablar común y de sus formas. Pero el latín, la lengua gramatical y segunda del autor, no desaparece; por el sencillo motivo de que el tratado, aparte de las citas de los poetas, está todo en latín. La teoría de la superioridad de la lengua vulgar no está escrita en vulgar sino en latín, lo que no puede dejar de resultar raro. En la escuela me explicaron que los destinatarios de la obra eran los cultos y que estos la habrían desdeñado si hubiera estado escrita en vernácula. Supongo que será verdad, pero hay otra explicación, que es que se trate de un juego del más grande poeta italiano. No una broma sino un juego con el que hacer de su condición de hombre culto (y medieval) que hablaba dos lenguas, el paradigma de la condición de cualquier hablante, marcada por un pasaje entre reglas y ausencia de reglas, entre comunicación restringida y comunicación amplia, o bien, como se ha dicho antes, entre *psychotic speech* y normalidad lingüística, sin que los términos de las oposiciones se correspondan entre sí, evidentemente. Le podemos llamar el juego de las dos (o más) lenguas que él o la hablante puede hacer entre dos o más lenguas que estén, de alguna manera, a su disposición, y dispuestas entre sí no en relación de simetría sino verticalmente, una en posición alta, superficial y secundaria, la otra en posición baja, profunda, primaria. Como en todos los juegos, la interpretación cambia cada vez y sería erróneo e insatisfactorio fijarla. Los juegos están, precisamente, para permitir una dislocación de sí al compás de las contingencias históricas, por una parte, y de nuestra inquietud humana, por otra. También esto, que se juega, por tanto, de muchas maneras.

Dante recurre a la lengua de más prestigio cultural, el latín, para afirmar la nobleza superior de la otra, la lengua de los *parvuli*, mujeres, niños, pueblo, que se había convertido (qué casualidad) en la lengua de los poetas del amor, entre los cuales estaban él y sus amigos. Se

adivina en él la necesidad de demostrar contextualmente su dominio personal del latín: por la competencia fálica con los cultos, quizá, o por una deuda para con sus maestros de latín, o por otros motivos, como la exigencia de poner distancia con el asunto en cuestión.

En nuestros días pero no lejos de Dante, es un gran jugador Luigi Meneghello, escritor- estudioso de la «vulgar elocuencia vicentina», por usar sus palabras y subrayar el parentesco dantesco. Meneghello no es un escritor dialectal. Escribe en italiano. Como en Dante, también en su caso el juego exige dominio de la lengua «segunda». El motivo, explícito, el de hacerla vibrar al contacto con elementos de la otra lengua, el dialecto aprendido y hablado en su lugar de nacimiento, Malo, provincia de Vicenza, en los años veinte y treinta. (La lengua materna es, en el tiempo y en el espacio, una realidad tan mudable que son siempre muchas lenguas y, para delimitar una con un poco de precisión, hacen falta -lo he aprendido de Meneghello- al menos dos líneas impresas). Toda la obra de Meneghello nace del descubrimiento e invento original suyo de la interferencia entre su dialecto nativo y la lengua aprendida en la escuela y perfectamente asimilada. Su arte consiste en jugar con esta interferencia.<sup>18</sup>

También el bilingüismo normal, o sea el conocimiento de otra lengua además de la considerada propia, se puede prestar a este juego, en una versión insólita pero no excepcional, por lo que yo puedo juzgar. Basta, como condición, que las dos lenguas no puedan intercambiarse entre sí sino que estén puestas a una distancia distinta del núcleo más intenso y silencioso de la experiencia del hablante. O, mejor, de la hablante, porque este juego, que yo sepa, lo han inventado mujeres. Mujeres que, solo después de haber sustituido su lengua con una lengua extranjera hasta pensar que habían casi olvidado la primera, han podido reencontrar esta última y amarla como su lengua materna. En esta singular peripecia despunta un enigma de la condición humana que solo ha empezado a ser indagado en nuestro tiempo: la proximidad de la mujer con la madre.<sup>19</sup> Lo sugiere, como hemos visto, Elisabetta Rasy. La proximidad del niño con el cuerpo materno está destinada casi siempre a terminar. La de la niña, en un

cierto sentido, nunca, por un privilegio del sexo femenino que se puede convertir en una pasión mortal. Con la desviación por la lengua extranjera, o sea segunda, no materna, parece que la mujer se quiera dotar de una mediación más o una retaguardia, como si la mediación que ofrece la otra, la primera, fuera inconsistente, dejándola expuesta a un contacto demasiado fuerte con el cuerpo materno. Y quizá sea precisamente así. Lengua materna que enmudece a las hijas paralizándoles las cuerdas vocales y provocando el cierre de todos los orificios, en un intento de resistir una invasión que, en realidad, viene de dentro no menos que de fuera.

Contaré, para terminar, el juego que supieron hacer con las dos lenguas las escritoras místicas del siglo XIII. Dos lenguas que eran, en su caso, el latín y el vulgar, como en Dante, pero en una relación muy distinta de la suya porque estas mujeres no sabían latín o lo sabían mal. Pero juego de interferencia, sin embargo, muy similar en su esencia al de Meneghello, pero hecho en condiciones aparentemente imposibles, con una maestría que las circunstancias nos obligan a considerar más divina que humana. O, simplemente, femenina, por encima de la ley, fuera de las competiciones fálicas. Sus nombres son Beatriz de Nazareth, Hadewijch de Amberes, Matilde de Magdeburgo, Margarita Porete.<sup>20</sup> El latín que ellas no sabían ni escribir ni hablar y que quizá leían sin soltura, era la lengua en la que prefería explicarse no solo la Iglesia sino también el Dios al que ellas amaban. Pero precisamente porque lo amaban con un amor confiado e indómito, le obligaron a este Dios y a este amor a hablar la lengua que les era familiar, que era también, qué casualidad, la lengua de los romances y de las canciones de amor. Y toda la teología tembló con este contacto de la lengua materna con la lengua oficial de Dios; y a mí me parece, al leer sus textos a siglos de distancia, que oigo el sonido de esta vibración que se sigue propagando.

19 de noviembre de 1997

**notas:**

1. «La filosofía y el lenguaje mantienen entre sí una relación (...) compleja, rica de cosas oscuras y paradójicas, porque, aunque esté obligada a servirse de él y no pueda prescindir de él en absoluto, el lenguaje no le pertenece a la filosofía ni obedece necesariamente, por su naturaleza, a sus reglas» (Gennaro Sasso, *Tempo, evento, divenire*, Bolonia, Il mulino, 1996, 19).

2. Véase la introducción de Kurt Ruh, *Storia della mistica occidentale*, vol. I: *Le basi patristiche e la teologia mistica del XII secolo*, trad. it. Milán, Vita e Pensiero, 1995, 17-20, que concluye, sin embargo, problemáticamente: «Faltan (...) bases filológicas para poder convalidar efectivamente la idea del valor espiritual intrínseco de la lengua vulgar» (p. 20). Véase también Luisa Muraro, *Lingua materna scienza divina. Scritti sulla filosofia mistica di Margherita Porete*, Nápoles, D'Auria, 1995, 73-86.

3. Clarice Lispector, *A paixão segundo G.H.* (1964), Río de Janeiro, Editora Nova Fronteira, 1988, 94 (trad. Barcelona, Península, 1988).

4. Heinrich Lausberg, *Elementi di retorica*, trad. it., Bolonia, Il mulino, 1969; me ha resultado muy valiosa la lectura de *Simbolo, metafora, allegoria*, ed. de D. Goldin, «Quaderni del Circolo filologico linguistico padovano», Liviana, Padua, 1980.

5. Luisa Muraro, *Guillermo y Maifreda. Historia de una herejía feminista* (1985), trad. de Blanca Garí, Barcelona, Omega, 1997, 36.

6. Mira Bai, *Dedicato allo scuro*, ed. de Rita Degli Esposti y Louise Landes Levi, Venecia, Supernova, 1993, 43.

7. La alegorización mística de los cuentos de hadas la percibieron bien Simone Weil en sus famosos *Quaderni* (véase especialmente el vol. IV) y Cristina Campo, *Della fiaba en Gli imperdonabili*, Milán, Adelphi, 1987, 29-42.

8. En esta fase de contención y de selección ocurre, como han observado con sorpresa los especialistas, que las criaturas humanas desaprendan también fonemas útiles que sabían producir en la fase anterior (véase Roman Jakobson, *Il farsi e il disfarsi del linguaggio* (orig. *Kindersprache und Aphasie*, trad. it. Turín, Einaudi, 1971, 20). Me pregunto si este fenómeno tiene que ver con la

llamada «castración simbólica» que ha teorizado Jacques Lacan (*Écrits*, París, Seuil, 1964).

9. Las bestias mudas (*bestes mues*) son, en Margarita Porete, los animales animales (*Le miroir des simples ames*, CC CM, LXIX, 5, 47); tomo de ahí este nombre para los animales humanos: las bestias que hablan, conforme con la tradición filosófica.

10. Elisabetta Rasy, *La lingua della nutrice. Percorsi e tracce dell'espressione femminile*, con introducción de Julia Kristeva, Roma, Edizioni delle donne, 1978, 22.

11. *Ibid.*, 60.

12. *Ibid.*, 67.

13. Véase Roman Jakobson, *Il farsi e il disfarsi del linguaggio*, 26.

14. También Alessandro Manzoni le atribuye a la lengua hablada, a la lengua viva, la característica de estar por encima de la ley (véase Lia Formigari, *Manzoni filosofo del linguaggio*, en *L'esperienza e il segno. La filosofia del linguaggio tra Illuminismo e Restaurazione*, Roma, Editori Riuniti, 1990, 213-215).

15. La distinción, que hoy está clara, entre el hablar y la lengua de este hablar, en Dante apenas se apunta, abarcando en él la «elocuencia vulgar» palabra y lengua, y esto por razones que, en mi modesta opinión, tienen que ver con su «doctrina» de la lengua materna.

16. *De vulgari eloquentia*, II, VIII.

17. *Ibid.*, I, I.

18. «Cada una de las dos lenguas (...) tiene en su esfera un grado propio de fuerza expresiva y poética: pero hay una tercera esfera en la que las dos lenguas (...) inter-actúan con efectos a veces extraordinariamente intensos. En el bilingüismo normal, entre lenguas de estatuto cultural y social análogo, la interacción tiende principalmente a configurarse como simple interferencia, casi una molestia, y sus aspectos creativos no son especialmente evidentes.»

En cambio, el juego de la disgloria da lugar a «un continuo surgir de posibilidades expresivas nuevas, una levadura lingüística que hace que el discurso fermente...» (Luigi Meneghello, *Opere*, I, ed. de Francesca Caputo, Milán, Rizzoli, 1993, 443-444).

19. La investigación la abrieron los estudios de Luce Irigaray, entre ellos *Speculum. De l'autre femme* (París, Minuit, 1974) y *Sexes et parentés* (París, Minuit, 1987) y ha conocido un continuo *crescendo* de publicaciones sobre el tema. Que, hay que decirlo, es el núcleo de la obra de la novelista Louisa May Alcott (1832-1888).

20. Sus textos son o están siendo accesibles tanto en lengua original como en traducción a las principales lenguas occidentales. Para Italia, remito a la bibliografía de mi *Lingua materna scienza divina*. A las y los especialistas, les sugiero la biblioteca del Centro Ruusbroec de la Universidad de Amberes («Ruusbroecgenootschap», UFSIA, Prinsstraat 13, B-Antwerpen).